



Secretos

Pequeñas Mentirosas

SARA SHEPARD

Traducción de Lorenzo F. Díaz Buendía



Libros publicados de Sara Shepard

Pequeñas Mentirosas

1. Pequeñas mentirosas
2. Secretos

Próximamente:

3. Venganza

Título original: *Flawless*
Primera edición

© 2007, Alloy Entertainment and Sara Shepard
Published by arrangement with Rights People, London

Fotografía de Ali Smith. Diseño de muñeca de Tina Amantula. Diseño de cubierta de Jennifer Heuer.
Logo © 2011 ABC Family. All Rights Reserved.

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-759-6 Depósito Legal: B-34793-2011

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 11

Para MDS y RNS

Ojo por ojo y el mundo entero
será ciego.

—Gandhi

Cómo empezó todo realmente

¿Sabes ese chico que vive unos portales más abajo y que es la persona más repulsiva que existe? Lo ves allí, al otro lado de la calle, mirándote, cuando estás en el porche de tu casa a punto de darle un beso de despedida a tu novio. Aparece por casualidad cuando andas cotilleando con tus mejores amigas, solo que, tal vez, no es por casualidad. Es como ese gato negro que parece saber por dónde vas. Si pasa ante tu casa, piensas: *Voy a suspender el examen de biología*. Si te mira raro, ándate con cuidado.

En todos los pueblos hay un chico que es como un gato negro. El de Rosewood se llamaba Toby Cavanaugh.

—Creo que necesita más colorete. —Spencer Hastings se echó atrás para ver mejor a Emily Fields, una de sus mejores amigas—. Aún se le ven las pecas.

—Tengo corrector Clinique. —Alison DiLaurentis se levantó de un salto y corrió a buscar su bolsa de maquillaje de pana azul.

Emily se miró en el espejo apoyado en la mesita del salón de Alison. Inclino la cara a un lado, luego al otro, y frunció sus rosados labios.

—Mi madre me mataría si me viera con todo esto.

—Sí, pero como te lo quites te mataremos nosotras —avisó Aria Montgomery, que, en ese momento se movía por la habitación, solo ella sabía por qué, con un sujetador de angora que se había tejido ella misma.

—Sí, Em, estás impresionante —admitió Hanna Marin. Estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y no paraba de volverse para comprobar que la raja del culo no le asomara por encima de los vaqueros Blue Cult de cintura baja, que le venían algo pequeños.

Era una noche de viernes de abril, y Ali, Aria, Emily, Spencer y Hanna celebraban una de sus típicas fiestas de pijamas de sexto curso; maquillándose unas a otras en exceso, comiendo patatas fritas con sal y vinagre y medio viendo *Cribs*, de la MTV, en la televisión plana de Ali. Esa noche había que sumar el revoltijo añadido de la ropa de todas dispersa por la alfombra porque habían decidido intercambiársela para lo que quedara de curso.

Spencer se puso ante el delgado torso una chaqueta amarillo limón.

—Cógela —la animó Ali—. Te quedará muy mona.

Hanna se puso alrededor de las caderas una falda de pana verde de Ali, se volvió hacia ella y comenzó a posar.

—¿Qué te parece? ¿Le gustará a Sean?

Ali soltó un gruñido y pegó a Hanna con una almohada. Desde que se habían hecho amigas en septiembre, Hanna solo sabía hablar de lo muuucho que amaba a Sean Ackard, un chico de su clase en el instituto Rosewood Day, al que iban desde que salieron de la guardería. En quinto, Sean era un chico bajito y pecoso del montón, pero durante el verano había crecido un par de centímetros y perdido la grasa infantil. Ahora prácticamente todas las chicas querían besarlo.

Era asombroso cuánto se podía cambiar en un año.

Todas las chicas, menos Ali, sabían demasiado bien lo que era eso. El año anterior, solo estaban... allí. Spencer era la supermaniática estudiosa que se sentaba en primera fila y levantaba la mano para contestar a todas las preguntas. Aria era la chica algo friki que se inventaba pasos de baile en vez de jugar al fútbol como las demás chicas. Emily era la tímida nadadora clasificada a nivel estatal que se lo guardaba todo debajo de la superficie, hasta que se la conocía. Y Hanna sería patosa y torpe, pero se había puesto a estudiar el *Vogue* y el *Teen Vogue*, y de vez en cuando decía al azar algo sobre moda que nadie más sabía.

Sí, todas tenían algo especial, pero vivían en Rosewood, Pensilvania, una zona residencial a cuarenta kilómetros de Filadelfia, y todo lo que había en Rosewood era especial. Las flores tenían más aroma, el agua sabía mejor y las casas eran directamente más grandes. La gente solía decir en broma que las ardillas se pasaban las noches recogiendo la basura y los dientes de león de las aceras empedradas para que Rosewood estuviera perfecta para sus exigentes residentes. Es muy difícil destacar en un lugar donde todo está impecable.

Pero, de algún modo, Ali lo conseguía. Era la chica más despampanante de los alrededores, con su largo pelo rubio, su rostro en forma de corazón y sus grandes ojos azules. Cuando Ali las unió en su amistad, pareciendo a veces que ella las había descubierto, pasaron a estar algo más que... allí. De pronto parecieron autorizadas a hacer cosas que nunca antes se habían atrevido a hacer. Como cambiarse en los lavabos para chicas del Rosewood Day tras bajarse del autobús escolar para ponerse minifalda. O pasar a los chicos notas estampadas con besos de protector labial. O pasearse por el pasillo del instituto en una hilera intimidatoria, ignorando a los perdedores.

Ali cogió un lápiz de labios púrpura brillante y se lo restregó por los labios.

—¿Quién soy?

Las otras refunfuñaron; Ali estaba imitando a Imogen Smith, una chica de su clase un poquito demasiado enamorada de su lápiz de labios Nars.

—No, espera. —Spencer frunció los arqueados labios y le pasó a Ali una almohada—. Ponte esto bajo la camisa.

—Vale.

Ali se lo metió bajo el polo rosa, y todas se rieron un poco más. Se rumoreaba que Imogen había llegado hasta el final con Jeffrey Klein, uno de décimo curso, y que iba a tener un hijo suyo.

—Sois malvadas —repuso Emily sonrojándose. Era la más recatada del grupo, quizá debido a su educación superestricta. A sus padres les parecía malvado todo lo que fuera divertido.

—Pero, Em... —Ali cogió del brazo a Emily—. Imogen está espantosamente gorda, así que más le valdría estar embarazada.

Las chicas volvieron a reírse, pero algo incómodas. Ali tenía la habilidad de descubrir el punto débil de cualquier chica, y aunque tuviera razón con Imogen, no podían evitar preguntarse si no se metería con ellas cuando no estuvieran delante. A veces no sabían qué pensar.

Volvieron a rebuscar en la ropa de las demás. Aria se enamoró de un vestido Fred Perry ultrapijo de Spencer. Emily se puso una minifalda vaquera sobre las escuálidas piernas y preguntó a todas si no era demasiado corta. Ali declaró que unos vaqueros marca Joe de Hanna tenían demasiada campana y se los quitó, descubriendo los pantaloncitos de felpa rosa caramelo que llevaba puestos debajo. Cuando pasó ante la ventana camino del estéreo, se detuvo en seco.

—¡Oh, Dios mío! —gritó, corriendo para situarse tras el sofá de terciopelo color zarzamora.

Las chicas se giraron. En la ventana estaba Toby Cavanaugh. Estaba allí parado. Mirándolas.

—¡Aj, aj, aj!

Aria se tapó el pecho; se había quitado el vestido de Spencer y solo llevaba el sujetador que se había tejido. Spencer, que estaba vestida, corrió a la ventana.

—¡Aléjate de nosotras, pervertido! —gritó.

Toby sonrió antes de dar media vuelta e irse corriendo.

La gente solía cambiarse de acera al ver a Toby. Era un año mayor que las chicas, pálido, alto y flaco, y siempre paseaba solo por el barrio, como espionando a todo el mundo. Habían oído rumores acerca de él: que lo habían sorprendido besando a su perro con lengua, que era tan buen nadador porque tenía agallas en vez de pulmones, que por las noches dormía dentro de un ataúd en la casa del árbol de su patio.

Toby solo se relacionaba con una persona: su hermanastra, Jenna, que iba a su misma clase. Jenna también era una friki sin remedio, aunque menos espeluznante que él; al menos hablaba con frases completas. Y era guapa de un modo irritante, con su espesa melena negra, sus enormes e inquisitivos ojos verdes y sus fruncidos labios rojos.

—Me siento como violada. —Aria agitó su cuerpo delgado como si lo tuviera embadurnado de *E. coli*. Acababan de aprenderlo en clase de ciencias—. ¿Cómo se atreve a asustarnos así?

Ali estaba roja de rabia.

—Tenemos que devolvérsela.

—¿Cómo? —Hanna abrió mucho sus ojos marrón claro.

Ali lo pensó un momento.

—Deberíamos hacerle probar su propia medicina.

Lo que debían hacer era darle un susto a Toby, explicó. Seguro que cuando no rondaba por el barrio espiando a la gente, estaba en su casa del árbol. Se pasaba todo el tiempo en ella, con la Game Boy o, quién sabe, construyendo un robot gigante para destruir Rosewood Day. Pero dado que la casa del árbol estaba, evidentemente, en lo alto de un árbol, y dado que Toby siempre recogía la escalera de cuerda para que nadie pudiera seguirlo, no podían ir a asomarse allí y darle un susto.

—Así que necesitamos fuegos artificiales. Suerte que sé dónde hay —dijo Ali con una sonrisa.

Toby estaba obsesionado con los fuegos artificiales; en la base del árbol guardaba una provisión de cohetes y a menudo los disparaba a través de la claraboya de la cabaña.

—Vamos allí, le robamos uno y lo disparamos contra su ventana —explicó Ali—. Le dará un susto de muerte.

Las chicas miraron a la casa Cavanaugh al otro lado de la calle. Aunque aún no era muy tarde, solo las diez y media, la mayoría de las luces estaban apagadas.

—No sé —dijo Spencer.

—Sí —coincidió Aria—. ¿Y si sale algo mal?

Ali suspiró con gesto teatral.

—Vamos, chicas.

Todo el mundo guardaba silencio. Entonces Hanna se aclaró la garganta.

—A mí me parece bien.

—De acuerdo —cedió Spencer. Emily y Aria se encogieron de hombros, aceptándolo.

Ali dio una palmada y señaló al sofá que había junto a la ventana.

—Lo haré yo. Vosotras mirad desde ahí.

Las chicas corrieron a la gran ventana y vieron a Ali cruzar la calle. La casa de Toby estaba pegada a la de los DiLaurentis y estaba construida en el mismo impresionante estilo victoriano, pero nin-

guna de ellas era tan grande como la hacienda familiar de Spencer, que lindaba con el patio trasero de Ali. El complejo de los Hastings tenía un molino propio, ocho dormitorios, un garaje aparte para cinco coches, una piscina bordeada con rocas y un apartamento en un granero.

Ali corrió hasta el patio de los Cavanaugh y se acercó a la casa del árbol. Estaba parcialmente oscurecida por los altos olmos y pinos, pero las farolas de la calle la iluminaban lo bastante como para que pudiera verse vagamente su contorno. Un minuto después estuvieron seguras de ver a Ali sosteniendo un cohete en forma de cono y retrocediendo unos siete metros, lo bastante como para ver con claridad la titilante luz azul a través de la ventana de la casa del árbol.

—¿Creéis que lo hará de verdad? —susurró Emily. Un coche iluminó la casa de Toby al pasar.

—Nah —dijo Spencer, tirándose nerviosamente de los pendientes de diamantes que le habían regalado sus padres por sacar matrícula en la última evaluación—. Va de farol.

Aria se llevó a la boca la punta de una de sus trenzas negras.

—Totalmente.

—¿Cómo sabemos si Toby está dentro? —preguntó Hanna.

Se sumieron en un tenso silencio. Todas habían participado en bastantes bromas de Ali, pero habían sido de lo más inocentes: colarse en el jacuzzi de agua salada del *spa* Fermata sin tener cita previa, poner unas gotas de tinte negro en el champú de la hermana de Spencer, enviar falsas cartas de admirador secreto del director Appleton a la empollona de Mona Vanderwaal, que iba a su clase. Pero esta broma tenía algo que les resultaba un poco incómodo.

¡Bum!

Emily y Aria retrocedieron de un salto. Spencer y Hanna pegaron el rostro al cristal de la ventana. El otro lado de la calle seguía oscuro. En la ventana de la casa del árbol brilló una luz más fuerte, pero nada más.

—Tal vez no era el cohete —dijo Hanna, entornando los ojos.

—¿Qué otra cosa pudo ser? —dijo Spencer sarcástica—. ¿Una pistola?

Entonces el pastor alemán de los Cavanaugh empezó a ladrar. Las chicas se abrazaron. Se encendió la luz lateral del patio. Se oyeron voces y el señor Cavanaugh salió por la puerta lateral. De pronto, de la ventana de la casa del árbol brotaron pequeños dedos de fuego. El fuego empezó a propagarse. Parecía el vídeo que los padres de Emily la obligaban a ver cada navidad. Entonces se oyeron las sirenas.

Aria miró a las otras.

—¿Qué está pasando?

—¿Tú crees que...? —susurró Spencer.

—¿Y si Ali...? —empezó Hanna.

—Chicas —dijo una voz detrás de ellas.

Ali estaba parada en la entrada del salón. Tenía los hombros caídos y el rostro pálido, más pálido de lo que se lo habían visto nunca.

—¿Qué ha pasado? —dijeron todas a la vez.

Ali parecía preocupada.

—No lo sé, pero no ha sido culpa mía.

Las sirenas se acercaron más y más, hasta que una ambulancia entró en el camino de acceso de los Cavanaugh. De ella bajaron paramédicos que corrieron a la casa del árbol. La escalera de cuerda estaba bajada.

—¿Qué ha pasado, Ali? —dijo Spencer, dando media vuelta para dirigirse hacia la puerta—. Tienes que decirnos lo que ha pasado.

—Spence, no —repuso Ali, siguiéndola.

Hanna y Aria se miraron, demasiado asustadas para ir tras ellas. Podría verlas alguien.

Spencer se acuclilló tras un arbusto y miró al otro lado de la calle. Fue entonces cuando vio el dentado y horrible agujero en la ventana de la casa del árbol. Sintió que alguien se le acercaba furtivamente por detrás.

—Soy yo —dijo Ali.

—¿Qué...? —empezó a decir Spencer, pero, antes de que pudiera terminar, un paramédico empezó a bajar de la casa del árbol llevando a alguien en brazos. ¿Estaba Toby herido? ¿Estaba muerto?

Todas las chicas, tanto las de fuera como las de dentro, alargaron el cuello para ver mejor. El corazón empezó a latirles más deprisa. Entonces, solo durante un segundo, se les detuvo.

No era Toby. Era Jenna.

Varios minutos después, Ali y Spencer volvieron a la casa y Ali les contó, con una calma casi espeluznante, lo que había pasado: el cohete había entrado por la ventana y había golpeado a Jenna. Nadie la había visto encenderlo, así que estaban a salvo, siempre que ninguna dijera nada. Después de todo, el cohete era de Toby. Si la policía culpaba a alguien, sería a él.

Lloraron y se abrazaron y durmieron mal toda la noche. Spencer estaba tan afectada que se pasó horas encogida formando una bola, zapeando en silencio entre E!, Cartoon Network y Animal Planet. Cuando despertaron al día siguiente, la noticia había corrido por todo el barrio: alguien había confesado.

Toby.

Las chicas creyeron que se trataba de una broma, pero el periódico confirmaba que Toby había admitido estar jugando con un cohete en la casa del árbol, y que se le disparó accidentalmente contra la cara de su hermana, dejándola ciega. Ali lo leyó en voz alta mientras estaban todas reunidas alrededor de la mesa de la cocina, cogidas de la mano. Sabían que debían sentir alivio, pero... es que conocían la verdad.

Los pocos días que Jenna pasó en el hospital, los pasó histérica y confusa. Todo el mundo le preguntaba lo que había pasado, pero ella no parecía recordarlo. Dijo que tampoco podía recordar nada de lo que había pasado justo antes del accidente. Los médicos dijeron que sería debido al estrés postraumático. Rosewood Day organizó, en honor de Jenna, una reunión en contra del uso de fuegos artificiales, seguida de un baile y una venta benéfica de pasteles. Las chicas, sobre todo Spencer, participaron en todo ello con un celo excesivo, aunque, por supuesto, simulaban no saber nada de lo sucedido. Si alguien preguntaba, decían que Jenna era una chica encantadora y una de sus amigas más íntimas. Muchas chicas que nunca le habían dirigido la palabra dijeron lo mismo. En cuanto a Jenna, nunca volvió

a Rosewood Day. Fue a una escuela especial para ciegos de Filadelfia, y nadie volvió a verla después de aquella noche.

En Rosewood, el tiempo suele apartar a un lado las cosas malas, y Toby no fue una excepción. Sus padres lo escolarizaron en casa para el resto del curso. Después del verano, Toby iría a una escuela reformativa de Maine. Se fue sin ceremonias un soleado día de mediados de agosto. Su padre lo llevó en coche a la estación de trenes SEPTA, donde cogió un tren al aeropuerto. Aquella tarde, las chicas miraron a su familia tirar la casa del árbol. Era como si quisieran borrar todo lo posible la existencia de Toby.

Dos días después de irse Toby, los padres de Ali se llevaron a las cinco chicas a una acampada en las montañas Pocono. Hicieron *rafting* en los rápidos, escalaron y se broncearon en las orillas del lago. Por la noche, cuando la conversación derivaba hacia Toby y Jenna, como solía pasar a menudo aquel verano, Ali les recordaba que nunca, pero nunca, podrían contárselo a nadie. Siempre guardarían el secreto, y eso haría que su amistad fuera más fuerte por toda la eternidad. Una noche, cuando las cinco niñas se metieron en la tienda, ajustándose bien la capucha de la sudadera J. Crew de cachemir, Ali entregó a cada una un brazalete de cuerdas de brillantes colores que simbolizaba el lazo que las unía. Anudó el brazalete en sus muñecas y les dijo una a una que repitieran con ella: «Prometo no decirlo, hasta el día en que me muera».

Se pusieron en círculo, de Spencer a Hanna a Emily a Aria, repitiendo eso mismo. Ali se ató su brazalete en último lugar. «Hasta el día en que me muera», susurró tras hacer el nudo, con las manos cruzadas sobre el corazón. Las chicas se cogieron la mano con fuerza, y, pese a lo terrible de la situación, se sintieron afortunadas de poder contar con las demás.

Las chicas no se quitaban el brazalete al ducharse, ni cuando se fueron de vacaciones de primavera a Washington D. C. y al Williamsburg colonial (o a las Bermudas, en el caso de Spencer), ni durante los sucios entrenamientos de hockey ni cuando pillaban la gripe. Ali se las arregló para mantener su brazalete más limpio que los de las demás, como si al ensuciárselo pudiera emborronar su objetivo. A veces se llevaban los dedos al brazalete y se susurraban:

«Hasta el día en que me muera», para recordarse lo íntimas que eran. Se convirtió en un código propio; todas sabían lo que significaba. De hecho, Ali lo diría menos de un año después; el último día de séptimo curso, cuando las chicas hicieron una fiesta de pijamas para celebrar el inicio del verano. Nadie sabía que Ali desaparecería pocas horas después. Ni que ese sería el día en que murió.

Queríamos ser amigas

Spencer Hastings estaba parada en el césped verde manzana de la abadía de Rosewood con sus tres ex mejores amigas: Hanna Marin, Aria Montgomery y Emily Fields. Hacía más de tres años que las chicas habían dejado de hablarse, poco después de que Alison DiLaurentis desapareciera misteriosamente, pero aquel día volvían a reunirse para el responso de Alison. Dos días antes, unos obreros habían encontrado el cuerpo de Ali bajo una losa de cemento en el patio trasero de su antigua casa.

Spencer volvió a mirar el mensaje de texto que había recibido en el Sidekick.

Sigo aquí, putas. Y lo sé todo. —A.

—Oh, Dios mío —susurró Hanna.

En la pantalla de su Blackberry se leía lo mismo. Igual que en el Treo de Aria y en el Nokia de Emily. Cada una de ellas había recibido durante toda la semana anterior correos electrónicos, mensajes de texto y mensajes instantáneos de alguien que firmaba con la inicial A. Todos se referían a cosas que habían hecho en séptimo curso, el año en que Ali desapareció, pero también mencionaban secretos nuevos, cosas que estaban pasando en ese momento.

Spencer había creído que A podía ser Alison, que había vuelto de algún modo, pero eso ya quedaba descartado, ¿verdad? El cuerpo

de Ali estaba descompuesto bajo el cemento. Llevaba muerta mucho, mucho tiempo.

—¿Crees que esto es por lo de Jenna? —susurró Aria, pasándose la mano por la angulosa mandíbula.

—Aquí no podemos hablar de eso aquí. Podría oírnos alguien. —Spencer volvió a meter el teléfono en su bolso de tweed de Kate Spade, y miró nerviosa hacia los escalones de la abadía, donde un momento antes habían estado Toby y Jenna Cavanaugh. Spencer no veía a Toby desde antes incluso de que desapareciera Ali, y la última vez que había visto a Jenna fue la noche de su accidente, desmayada en brazos del paramédico que la bajó del árbol.

—¿En los columpios? —susurró Aria, refiriéndose al patio de juegos infantil del Rosewood Day. Era su antiguo lugar especial de reunión.

—Perfecto —dijo Spencer, abriéndose paso entre la afligida multitud—. Nos vemos allí.

La tarde se acercaba a su fin en un despejado día de otoño. El aire olía a humo de manzanas y madera. Sobre sus cabezas flotaba un globo aerostático de aire caliente. El día no podía ser más apropiado para el responso de una de las jóvenes más guapas de Rosewood.

Lo sé todo.

Spencer se estremeció. Debía ser un farol. Fuera quien fuera ese A, no podía saberlo todo. No lo de Jenna, y mucho menos el secreto que solo habían compartido Spencer y Ali. La noche del accidente de Jenna, Spencer había visto algo que no vieron sus amigas, pero Ali le hizo guardar el secreto incluso ante Emily, Aria y Hanna. Había querido contárselo a ellas, pero al no poder hacerlo, se lo había quitado de la cabeza, simulando que no había pasado.

Pero había pasado.

Aquella noche fresca y primaveral de abril, Spencer había salido de la casa justo después de que Ali disparase el cohete contra la ventana de la casa del árbol. El aire olía a pelo quemado. Vio a los paramédicos bajar a Jenna de la casa del árbol usando la precaria escalera de cuerda.

Ali estaba a su lado.

—¿Lo hiciste a propósito? —preguntó Spencer, aterrada.

—¡No! —Ali cogió a Spencer por el brazo—. Ha sido...

Spencer se había pasado años intentando bloquear lo que pasó a continuación: Toby Cavanaugh fue directo a por ellas. Tenía el pelo totalmente pegado a la cara y su pálido rostro gótico estaba rojo de rabia. Fue a por Ali.

—Te he visto. —Toby estaba tan furioso que temblaba. Miró hacia el caminito de la entrada, donde había un coche de policía aparcado—. Lo contaré.

Spencer se sobresaltó. Las puertas de la ambulancia se cerraron con un portazo y el gemido de las sirenas se alejó de la casa. Ali estaba muy tranquila.

—Sí, pero yo te he visto a ti, Toby —dijo—. Y si lo cuentas, yo también lo contaré. A tus padres.

Toby retrocedió un paso.

—No.

—Sí —replicó Ali. Aunque solo medía un metro cincuenta y siete, de pronto pareció mucho más alta—. Tú encendiste el cohete. Tú le has hecho daño a tu hermana.

Spencer la cogió del brazo. ¿Qué estaba haciendo? Pero Ali se soltó.

—Hermanastra —farfulló Toby, de forma casi inaudible. Miró a la casa del árbol y luego al final de la calle, por donde se acercaba despacio otro coche de policía—. Ya te cogeré —le gruñó a Ali—. Espera y verás.

Y entonces se fue.

Spencer cogió a Ali del brazo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Nada —dijo Ali, casi con ligereza—. Estamos bien.

—Alison... —Spencer pestañeó incrédula—. ¿No le has oído? Dice que vio cómo lo hacías. Se lo contará a la policía.

—No lo creo. —Ali sonrió—. No con lo que sé de él.

Y entonces se acercó y le susurró lo que había visto hacer a Toby. Algo tan asqueroso que se había olvidado de que sostenía el cohete hasta que se le escapó de las manos rumbo a la ventana de la casa del árbol.

Ali hizo prometer a Spencer que no se lo contaría a las demás, y le avisó de que si lo contaba, se le ocurriría un modo para hacer que Spencer, y solo Spencer, cargara con la culpa de todo. Spencer

mantuvo la boca cerrada, aterrada por lo que podría hacerle. Le preocupaba que Jenna pudiera decir algo, porque seguro que Jenna recordaría que no había sido Toby, pero Jenna despertó confundida y delirando. Dijo que tenía toda aquella noche en blanco.

Y entonces, un año después, Ali desapareció.

La policía interrogó a todo el mundo, incluida Spencer, preguntando si había alguien que quisiera hacer daño a Ali. *Toby*, había pensado Spencer de inmediato. No podía olvidar el momento en que dijo «Ya te cogeré». Pero mencionar a *Toby* significaba decirle a la policía la verdad sobre el accidente de Jenna, y que ella era en parte responsable del mismo, que todo ese tiempo había sabido la verdad y no se la había contado a nadie. También significaba contarles a sus amigas el secreto que callaba desde hacía más de un año. Así que Spencer no dijo nada.

Encendió otro Parliament y salió del aparcamiento de la abadía de Rosewood. A no podía saberlo todo, como decía en el mensaje. A no ser, claro está, que A fuera *Toby* Cavanaugh. Pero eso no tenía sentido. Las notas que le enviaba A eran sobre un secreto que solo conocía Ali: en séptimo, Spencer había besado a Ian, el novio de su hermana Melissa. Y solo se lo había contado a Ali, a nadie más. Y A también sabía lo de Wren, el actual ex de su hermana, con el que había hecho algo más que besarse.

Pero los Cavanaugh viven en la calle de Spencer. *Toby* podía haber usado unos prismáticos para espiar su habitación. Y *Toby* estaba en Rosewood, aunque ya fuera septiembre. ¿No tenía que estar en el internado?

Spencer entró en el camino pavimentado de ladrillo del instituto Rosewood Day. Sus amigas ya estaban allí, acurrucadas junto al conjunto de columpios para los de enseñanza básica. Formaban un hermoso castillo de madera, con torretas, banderas y un tobogán con forma de dragón. El aparcamiento estaba desierto, los paseos de ladrillo vacíos, y los campos de deporte silenciosos; el colegio entero libraba aquel día en memoria de Ali.

—¿Así que todas hemos recibido un mensaje de ese A?—preguntó Hanna cuando se acercó Spencer. Todas habían sacado el móvil y miraban el mensaje de «Lo sé todo».

—Yo tengo dos más —tanteó Emily—. Creí que eran de Ali.

—¡Yo también! —se sobresaltó Hanna, golpeándose con la cabeza en la cúpula de tubos.

Aria y Spencer asintieron a su vez. Se miraron unas a otras con ojos nerviosos y muy abiertos.

—¿Qué dice el tuyo? —Spencer miró a Emily.

Emily apartó de su ojo un mechón de cabello rubio rojizo.

—Es personal.

Spencer se quedó tan sorprendida que se rió con fuerza.

—¡Tú no tienes secretos, Em! —Emily era la chica más dulce y pura del mundo.

Emily pareció ofenderse.

—Pues sí que los tengo.

—Oh.

Spencer se sentó en uno de los escalones del tobogán. Respiró hondo, esperando oler a mantillo y serrín. En vez de eso percibió una vaharada de pelo quemado, como la noche del accidente de Jenna.

—¿Y tú, Hanna?

Hanna arrugó la naricilla respingona.

—Si Emily no cuenta el suyo, yo no quiero contar el mío. Es algo que solo sabía Ali.

—Igual que el mío —dijo enseguida Aria, y bajó la mirada—. Lo siento.

Spencer sintió un nudo en el estómago.

—¿Así que todas tenemos secretos que solo conocía Ali?

Todo el mundo asintió. Spencer bufó de forma desagradable.

—Creía que éramos buenas amigas.

Aria se volvió hacia Spencer y frunció el ceño.

—Entonces, ¿qué dice el tuyo?

Spencer no creía que su secreto sobre Ian fuera especialmente jugoso. No era nada al lado de lo que sabía de lo de Jenna. Pero era demasiado orgullosa como para contarlo ahora.

—Es un secreto que solo conocía Ali, igual que el vuestro. —Se echó el largo pelo rubio ceniza detrás de las orejas—. Pero A también me envió un correo electrónico sobre algo que me está pasando ahora. Es como si alguien me estuviera espiondo.

Aria abrió mucho sus ojos azul hielo.

—Igual que a mí.

—Así que hay alguien vigilándonos —dijo Emily.

Una mariquita aterrizó delicadamente en su hombro y se la quitó de encima como si fuera algo mucho más temible.

Spencer se levantó.

—¿Creéis que puede ser Toby?

Todas parecieron sorprenderse.

—¿Por qué? —preguntó Aria.

—Es parte de lo de Jenna —dijo Spencer con cuidado—. ¿Y si lo sabe?

Aria señaló el mensaje de su Treo.

—¿De verdad crees que es por... lo de Jenna?

Spencer se humedeció los labios. *Díselo*.

—Seguimos sin saber por qué Toby cargó con la culpa —sugirió, sondeando a ver lo que decían las otras.

Hanna lo pensó un momento.

—La única forma en que Toby pudiera saber lo que hicimos es que se lo haya contado una de nosotras. —Las miró con desconfianza—. Yo no he sido.

—Tampoco yo —dijeron enseguida Aria y Emily.

—¿Y si lo descubrió de otro modo? —preguntó Spencer.

—¿Quieres decir si alguien más vio a Ali esa noche y se lo contó? —preguntó Aria—. ¿O que vio a Ali?

—No. Quiero decir... No sé —dijo Spencer—. Solo ofrezco posibilidades.

Díselo, volvió a pensar Spencer, pero no pudo hacerlo. Todas parecían desconfiar de las demás, tal y como había pasado al desaparecer Ali, cuando su amistad se desintegró. Si Spencer les contaba la verdad sobre Toby, la odiarían por no habérselo contado a la policía tras la desaparición de Ali. Puede que incluso la culparan de la muerte de Ali. Y quizás hacían bien. ¿Y si al final la había matado Toby?

—Solo es una idea —se oyó decir—. Probablemente me equivoque.

—Ali dijo que nadie lo sabía aparte de nosotras. —Los ojos de Emily parecían húmedos—. Nos lo juró, ¿recordáis?

—Además —añadió Hanna—, ¿cómo podría saber Toby tanto de nosotras? Puede que Ali se lo contara a alguna compañera de

hockey, o a su hermano, o a alguien en quien confiara. Pero a Toby lo odiaba. Igual que todas nosotras.

Spencer se encogió de hombros.

—Seguro que tienes razón.

Se relajó en cuanto lo dijo. Se estaba obsesionando por nada.

Todo estaba silencioso. Puede que demasiado. La rama de un árbol cercano se quebró y Spencer se giró bruscamente. Los columpios se mecían a uno y otro lado, como si alguien acabara de dejarlos. Un pájaro marrón, posado en el tejado del Rosewood Day, las miró fijamente, como si también supiera cosas.

—Yo creo que alguien está jugando con nosotras —susurró Aria.

—Sí —coincidió Emily, pero sonaba igual de poco convencida.

—¿Y si recibimos otro mensaje? —Hanna se tiró del corto vestido negro para taparse más los delgados muslos—. Al menos deberíamos averiguar quién es.

—¿Qué tal si nos llamamos si recibimos otro mensaje? —sugirió Spencer—. Podríamos intentar unir las piezas. Pero no creo que debamos hacer, no sé, ninguna locura. Deberíamos intentar no preocuparnos.

—Yo no estoy preocupada —dijo enseguida Hanna.

—Yo tampoco —dijeron Aria y Emily al mismo tiempo. Pero todas dieron un salto cuando sonó un bocinazo en la calle.

—¡Hanna!

Mona Vanderwaal, la mejor amiga de Hanna, asomó su rubia cabeza por la ventanilla de un Hummer H3 amarillo. Llevaba grandes gafas de aviador con cristales rosas.

Hanna miró a las demás sin disculparse.

—Tengo que irme —murmuró, y corrió colina arriba.

En los años anteriores, Hanna se había reinventado hasta convertirse en una de las chicas más populares del Rosewood Day. Había adelgazado, se había teñido el pelo de un atractivo color castaño oscuro, conseguido todo un nuevo guardarropa de diseño, y ahora Mona Vanderwaal (otra empollona reconvertida) y ella se paseaban por el instituto como si fueran demasiado buenas para los demás. Spencer se preguntó cuál podía ser el terrible secreto de Hanna.

—Yo también tengo que irme. —Aria se subió al hombro el informe bolso púrpura—. Bueno, os llamaré, chicas.

Se dirigió hacia su Subaru.

Spencer se demoró junto a los columpios. Igual que Emily, cuyo rostro habitualmente alegre parecía demacrado y cansado.

Spencer posó una mano en el pecoso brazo de Emily.

—¿Estás bien?

Emily negó con la cabeza.

—Ali. Está...

—Lo sé.

Se abrazaron con torpeza, y luego Emily se dirigió hacia el bosque, después de decir que iría a casa por un atajo. Hacía años que las cuatro no se hablaban, aunque se sentaran en la misma clase de historia o se encontraran en el lavabo de las chicas. Pero Spencer sabía cosas de ellas, partes ocultas de su personalidad que solo conoce una amiga íntima. Como que Emily era quien peor llevaba la muerte de Ali. Solían llamar a Emily «Asesina» porque defendía a Ali como un rottweiler posesivo.

Una vez en su coche, Spencer se hundió en el asiento de cuero y puso la radio. Giró el dial hasta encontrar la 610AM, el canal deportivo de Filadelfia. Había algo en unos hombres con excesiva testosterona ladrando sobre los Phillies y los Sixers que le resultaba calmante. Había esperado que hablar con sus viejas amigas le aclarase algunas cosas, pero ahora las cosas parecían estar incluso más «asquerosas». Ni siquiera con todo el vocabulario que estudió para el SAT se le ocurría una palabra más adecuada que esa para describirlo.

Cuando el móvil zumbó en su bolsillo, lo sacó pensando que serían Emily o Aria. Quizá incluso Hanna. Spencer frunció el ceño y abrió la bandeja de entrada.

Spence:

No te culpo por no contarles nuestro secretito sobre Toby.

La verdad puede llegar a ser peligrosa, y tú no querrás que les pase nada, ¿verdad? —A.

Hanna 2.0

Mona Vanderwaal aparcó el Hummer de sus padres pero no apagó el motor. Metió el móvil en su bolso Lauren Merkin color coñac y sonrió a su mejor amiga, Hanna.

—No he dejado de llamarte.

Hanna se quedó parada en la calzada, temerosa.

—¿Qué haces aquí?

—¿A qué te refieres?

—A que no te he pedido que me lleves. —Hanna señaló temblorosa a su Toyota Prius aparcado—. Mi coche está ahí mismo. ¿Te ha dicho alguien que estaba aquí o...?

Mona se enredó en el dedo un largo mechón de pelo rubio.

—He salido de la iglesia y ya me iba a casa, so chiflada. Te he visto y he parado. —Soltó una risita—. ¿Te has tomado uno de los Valiums de tu madre? Pareces alterada.

Hanna sacó un Camel Ultra Light del paquete que llevaba en el bolso vagabundo negro de Prada y lo encendió. Claro que estaba alterada. Habían asesinado a su antigua mejor amiga y llevaba toda la semana recibiendo mensajes aterradores de alguien llamado A. Se había pasado el día entero, mientras se arreglaba para el funeral de Ali, compraba Coca-Cola light en Wawa, entraba en la autopista camino de la abadía de Rosewood, con la sensación de que alguien la vigilaba.

—No te vi en la iglesia —murmuró.

Mona se quitó las gafas de sol descubriendo sus redondos ojos azules.

—Me miraste directamente. Te hice señas. ¿Te suena eso de algo?

Hanna se encogió de hombros.

—No..., no me acuerdo.

—Bueno, supongo que estabas ocupada con tus viejas amigas
—replicó Mona.

Hanna se puso en guardia. Sus antiguas amigas eran un asunto espinoso entre ellas; un millón de años antes, Mona era una de las chicas atormentadas por Ali, Hanna y las demás. A raíz de que Jenna resultara herida, se convirtió en la chica con la que meterse.

—Lo siento. Estaba muy llena.

—Tampoco es que me escondiera. —Mona sonaba herida—. Estaba sentada detrás de Sean.

Hanna respiró hondo bruscamente. *Sean.*

Sean Ackard era su actual exnovio; su relación había explotado durante la fiesta de inicio de curso que había dado Noel Kahn el anterior viernes por la noche. Hanna había decidido perder la virginidad ese viernes, pero cuando empezó a insinuarse, Sean la interrumpió y le soltó un sermón sobre que debía respetar su cuerpo. Hanna se vengó robando el BMW de la familia Ackard para dar una vuelta con Mona y lo estrelló contra un poste telefónico ante una tienda Home Depot.

Mona apretó el acelerador del Hummer, revolucionando la cilindrada del motor.

—Bueno, mira. Tenemos una emergencia. Seguimos sin pareja.

—¿Para qué? —Hanna pestañeó.

Mona alzó una ceja rubia perfectamente depilada.

—¿Holaaa? ¡Para el Foxy! Es este fin de semana. Ahora que has cortado con Sean, puedes pedírselo a alguien guay.

Hanna se quedó mirando a los dientes de león que crecían en las grietas de la acera. El Foxy era el baile benéfico anual para «los miembros jóvenes de la sociedad de Rosewood», patrocinado por la Rosewood Foxhunting League, la Liga de cazadores de zorros de Rosewood, de ahí la abreviatura. Una donación de doscientos cincuenta dólares a la asociación benéfica elegida por la organización te daba la oportunidad de ver tu foto en el *Philadelphia Inquirer* y en glam-R5.com (el blog de sociedad de la zona), y era una buena excusa para ir elegante, beber y ligarse al novio de otra. Hanna había pagado su entrada en julio, creyendo que iría con Sean.

—No sé ni si voy a ir —murmuró con pesimismo.

—Claro que vas a ir. —Mona entrecerró sus ojos azules y suspiró hondo—. Mira, llámame cuando te deshagan la lobotomía.

Entonces dirigió el coche hacia la carretera y se fue.

Hanna caminó despacio de vuelta a su Prius. Sus amigas se habían ido y su coche plateado parecía muy solo en el aparcamiento vacío. La acuciaba una sensación incómoda. Mona era su mejor amiga, pero en ese momento no le estaba contando un montón de cosas. Como lo de los mensajes de A. O que el sábado por la mañana la habían arrestado por robar el coche del señor Ackard. O que Sean había roto con ella, en vez de ser al revés. Sean era tan diplomático que solo le había dicho a sus amigos que habían «decidido verse con otras personas». Hanna suponía que podría manipular la historia en su beneficio para que nadie supiera la verdad. Pero si le contaba algo de eso a Mona, le descubriría que estaba perdiendo el control de su vida. Hanna y Mona se habían reinventado juntas, y su regla como codivas del instituto era que debían ser perfectas. Eso significaba mantenerse delgadas como un agitador de cóctel, conseguir vaqueros ajustados Paige antes que nadie y no perder nunca el control. Cualquier grieta en su armadura podía devolverlas a su poco deseable estado social de empollonas, y no querían volver a eso. Nunca. Así que Hanna tenía que simular que no había tenido lugar nada del horror de la semana anterior, aunque sí que hubiera pasado.

Hanna nunca había conocido a nadie que hubiera muerto, y menos que hubiera sido asesinado. Y el hecho de que ese alguien hubiera sido Ali, unido a los mensajes de A, lo volvía todo aún más siniestro. Si alguien sabía realmente lo de Jenna, y podía contarlo, y si ese alguien tenía algo que ver con la muerte de Ali, desde luego que Hanna no controlaba su vida para nada.

Hanna aparcó ante su casa, un enorme edificio georgiano con vistas al monte Kale. Cuando se miró en el retrovisor, se horrorizó al ver que tenía la piel enrojecida y grasienta y que sus poros parecían enormes. Así que se inclinó un poco más hacia el espejo y, de pronto tenía la piel limpia. Hanna respiró hondo, de forma irregular, antes de salir del coche. Últimamente tenía muchas alucinaciones de ese tipo.

Entró en su casa temblando todavía y se dirigió a la cocina. Cuando atravesó las puertas acristaladas se quedó paralizada.

La madre de Hanna estaba sentada a la mesa de la cocina ante un plato de queso y galletitas. Llevaba los cabellos caoba recogidos en un moño, y su reloj Chopard incrustado de diamantes brillaba al sol de la tarde. De su oído colgaban los auriculares inalámbricos del Motorola.

Y a su lado estaba el padre de Hanna.

—Te estábamos esperando —dijo su padre.

Hanna retrocedió un paso. Tenía más canas en el pelo, y llevaba gafas nuevas de montura metálica, pero, a parte de eso, estaba como siempre: alto, con arrugas en los ojos, con un polo azul. Su voz también era la misma, profunda y tranquila como la de un locutor de radio. Hanna no lo veía ni hablaba con él desde hacía casi cuatro años.

—¿Qué estás haciendo aquí? —espetó.

—Estaba haciendo unos trabajos en Filadelfia —dijo el señor Marin, con una voz que le salió nerviosamente chillona en la palabra «trabajos». Bebió café de su taza de Doberman. Era la taza que su padre usaba continuamente cuando vivía con ellas; Hanna se preguntó si habría rebuscado en la alacena para encontrarla—. Tu madre me llamó y me contó lo de Alison. Lo siento mucho, Hanna.

—Ya —dijo Hanna. Se sentía mareada.

—¿Necesitas hablar de alguna cosa? —repuso su madre, mordisqueando un trozo de queso cheddar.

Hanna inclinó la cabeza, confusa. La relación entre la señora Marin y Hanna era más de jefa-interna que de madre-hija. Ashley Marin se había abierto paso con uñas y dientes por el escalafón de McManus & Tate, una agencia de publicidad de Filadelfia, y trataba a todo el mundo como si fuera su empleado. Hanna no recordaba la última vez que su madre le había hecho una pregunta sobre sus sentimientos. Posiblemente nunca.

—Hmm, vale. Pero no, gracias —añadió, algo altanera.

¿De verdad podían culparla por estar un tanto amargada? Cuando se divorciaron, su padre se mudó a Anápolis, empezó a salir con una mujer llamada Isabel, y heredó a Kate, una preciosa cuasi hijastra. Su padre había hecho su vida tan poco acogedora que Hanna solo lo

había visitado una vez. Y hacía años que no intentaba llamarla, ni enviarle un correo electrónico, ni nada. Ya ni siquiera le enviaba regalos por su cumpleaños, solo cheques.

Su padre suspiró.

—Probablemente no sea el mejor día para hablar de nada.

Hanna lo miró fijamente.

—¿Hablar de qué?

El señor Marin se aclaró la garganta.

—Bueno, tu madre también me llamó por otro motivo. —Bajó la mirada—. Por el coche.

Hanna frunció el ceño. ¿El coche? ¿Qué coche? Oh.

—Ya es bastante grave que robaras el coche del señor Ackard —dijo su padre—. Pero que te fueras del lugar del accidente...

Hanna miró a su madre.

—Creía que te habías ocupado de ello.

—No hay nada resuelto —repuso la señora Marin, mirándola fijamente.

Pues me tenías engañada, quiso decir Hanna. Cuando los policías la dejaron marchar el sábado, su madre le había dicho con tono misterioso que había arreglado las cosas para que no tuviera problemas. El misterio se resolvió la noche siguiente, cuando encontró a su madre con Darren Wilden, uno de los jóvenes agentes de policía, prácticamente haciéndolo en la cocina.

—Hablo en serio —dijo la señora Marin, y Hanna dejó de sonreír—. La policía aceptó hacer la vista gorda, pero eso no cambia lo que te está pasando, Hanna. Primero robas en Tiffany, y ahora esto. Ya no sé qué hacer. Así que he llamado a tu padre.

Hanna miró el plato de queso, sintiéndose demasiado rara para mirarlos a los ojos a cualquiera de los dos. ¿También le había dicho a su padre que la habían pillado robando en Tiffany?

El señor Marin se aclaró la garganta.

—Aunque la policía archivara el caso, el señor Ackard quiere llegar a un acuerdo, sin pasar por los tribunales.

Hanna se mordió la boca por dentro.

—¿No se ocupa el seguro de pagar esas cosas?

—No es exactamente eso —respondió el señor Marin—. El señor Ackard le ha hecho una oferta a tu madre.

—El padre de Sean es cirujano plástico —explicó su madre—, pero dedica su tiempo a una clínica de rehabilitación para quemados. Quiere que te presentes allí mañana a las tres y media.

Hanna arrugó la nariz.

—¿Por qué no podemos limitarnos a darle dinero?

El pequeño móvil LG de la señora Marin empezó a sonar.

—Creo que hacer algo bueno por la comunidad será una lección provechosa para ti. Comprenderás lo que has hecho.

—¡Pero sí sí que lo comprendo!

Hanna Marin no quería dedicar su tiempo libre a una clínica de quemados. Si tenía que trabajar de voluntaria, ¿por qué no podía ser en algo más chic? Como hacerlo en la ONU, con Nicole y Angelina.

—Ya está decidido —dijo bruscamente la señora Marin, para luego gritar al teléfono—: ¿Carson? ¿Tienes ya las maquetas?

Hanna estaba sentada apretando los puños. Deseaba poder subir a su cuarto, quitarse el vestido que había llevado en el funeral (que le hacía los muslos gordísimos, ¿o era cosa de su reflejo en las puertas del patio?), rehacerse el maquillaje, perder dos kilos y tomarse un chupito de vodka. Luego bajaría y volvería a presentarse.

Cuando miró a su padre, este le dedicó una sonrisa muy pequeña. El corazón le dio un vuelco. Él separó los labios como si fuera a hablar, pero entonces también sonó su móvil. Alzó un dedo a Hanna para que esperase.

—¿Kate? —contestó.

El corazón de Hanna se detuvo. *Kate*. La preciosa, perfecta, cuasi hijastra.

Su padre se encajó el teléfono bajo la barbilla.

—¡Eh! ¿Qué tal la competición campo a través? —Hizo una pausa, y luego sonrió—. ¡Menos de dieciocho minutos! Es impresionante.

Hanna cogió un trozo de cheddar del plato de quesos. Kate ni la había mirado cuando fue de visita a Anápolis. Ali, que la había acompañado para darle apoyo moral, había formado con ella un lazo instantáneo de chicas guapas que excluyó por completo a Hanna. Lo cual la empujó a devorar todos los aperitivos que había en un kilómetro a la redonda; sucedió en la época en que era gorda y fea y comía y comía. Cuando se abrazó el estómago porque le dolía, su

padre le cogió el dedo gordo y dijo: «¿Mi cerdita no se encuentra bien?». Y delante de todo el mundo. Entonces Hanna corrió al cuarto de baño y se metió el cepillo de dientes en la garganta.

El trozo de chédar flotaba ante la boca de Hanna. Respiró hondo, lo puso dentro de una servilleta y lo tiró a la basura. Todo eso había pasado hacía mucho tiempo, cuando era una Hanna muy diferente. Alguien a la que solo Ali conocía, alguien a quien Hanna había enterrado.